

# LAS FERIAS QUE YO CONOCÍ

Por Ginés Torres Navarrete.

Me vais a perdonar que descarrile y encamine mis pasos por otros derroteros distintos a los que, entrando por el aro, utilizan y han utilizado los pregoneros que anuncian los eventos más importantes de nuestros pueblos. Yo, haciendo uso de nuestro rico refranero, «como soy del campo, así me zampo». Me explico.

Nos resistimos a tomar la vereda de lo cursi y manoseado, y en lugar de comenzar con el consabido «Ilmo. Sr. Alcalde y dignas autoridades», diré tal y como lo siento: «Alfonso, amigo, eres fenomenal, porque has hecho y estás haciendo junto a nuestros regidores un pueblo distinto: “Este no es mi Juan, que me lo han cambiado”. A la vista está. Amigo Alfonso, vas por buen camino».

Menos aún vamos a continuar por caminos mil veces recorridos, ni tampoco vamos a saludar a los aquí presentes con lo de «Respetables oyentes, señoras y señores», etc., etc. Yo no entro por ahí, porque lo que yo siento es otra cosa. Yo, con todo el afecto y el cariño del mundo, os digo sencilla y llanamente -no «amigos y paisanos», porque sois algo más: mi querida familia del alma-: aquí está Ginés, que os lleva muy dentro y que os quiere con toda su alma; aquí me tenéis, no como maestro de nada, sino como uno más que viene a compartir con vosotros el inicio de nuestros festejos “ferieros”.

A nuestro presentador, por el que sentimos triple afecto como pariente de su padre, pariente de su madre y amigo nuestro, mi gratitud por cuanto ha dicho de mí, y mi esperanza de que no sea demasiado severo con nosotros; pues, a fin de cuentas, él es un hombre formado en las aulas de hombres sabios y yo un simple agricultor que ha tratado de cuidar sus sembrados, sus olivos y sus vides, con el mismo cariño que a las letras para las que había nacido y no pudo ser. Aquellos desgraciados tiempos segaron nuestros vuelos.

Igual consideración propongo a todos vosotros y espero que seáis benevolentes con este pregonero. Gracias por vuestra comprensión.

A los amigos que habéis venido de nuestras hermanas Úbeda y Torreperogil, bienvenidos seáis a esta vuestra casa y muchas gracias por vuestra presencia. Y ya sin más, vamos a adentrarnos en el tema para el que me convocáis, con la esperanza de poder agradaros.

Hablar de nuestras Ferias, sin volver la mirada atrás -hasta situarnos en el año 1229 en que San Fernando arrebatara a la morisma definitivamente esta legendaria tierra-, sería tener un mal comienzo. Y como queremos entrar con buen pie y contar, de “pe a pa” y con voz de pregonero, el origen cierto de nuestras Ferias, nos situamos en aquellos años tan “antigüísimos” (como dirían nuestros mayores) y hacer saber de orden del Señor Alcalde este pregón tan de nuestro agrado.

Visto nuestro Fuero (del que soy conocedor), una de las primeras cosas que el Rey otorgonos a todos los que venturosamente moramos en Sabiote -con todos nuestros familiares y demás personas, que tienen la suerte de vivir al amparo de sus murallas-, fue la concesión de unas ferias, que comenzarían ocho días antes de la Fiesta de Pentecostés y que acabaría ocho días después.

Pero el Rey nos pone una sola condición. Y fue que, todo aquel que viniese a disfrutar de nuestras Ferias -ya fuere joven, ya viejo, ya moro, ya judío, ya cristiano o de otra cualquier creencia-, lo hiciese como el que va a su casa. Y es que el Rey tenía la convicción de que las gentes que morarían en nuestro pueblo, por siempre jamás

serían acogedoras, generosas, abiertas, leales y fieles a sus costumbres y creencias, capaces de vivir en armonía, sin envidias ni recelos.

Pero el Rey, como intuía que los sabioteños iban ser gentes de paz y de bien, quiere ampararlos y dice que «Todo aquel que llegare a Sabiote a enturbiar la paz de sus ferias, pague al fisco mil maravedíes; y el daño que hiciere, doblado». Pero el Rey va más lejos y para protegernos de los perturbadores o gentes de mal vivir, dice que «Todo aquel que viniere en son de guerra y quitase la vida a algún vecino, sea preso, ajusticiado y su cuerpo sea metido en el nicho con el muerto. Si solo hiriere a alguien, córtesele la mano derecha». Así se explica que, en nuestras Ferias, no existiesen jamás duelos, desafíos ni desafueros.

Y aquellas Ferias de Pentecostés se celebraron siempre en paz y en armonía; y cada cual en sus trueques, intercambios o compra-venta era fiel y cumplidor de sus tratos, ya fuese de adquisición de *aladres* y útiles de labranza o de cualquier otra mercancía.

Pero llegan a Sabiote moros de Murcia, que nos traían frutos secos y se llevaban vino, aceite o trigo; y nos trajeron también la devoción a San Ginés de la Jara, sencillamente porque ellos lo tenían como patrono y protector del viñedo; pues, aunque parezca mentira, pese a los "calamonazos" dados en sus mezquitas y a la prohibición del Corán de consumir alcohol, solían y suelen empinar el codo de lo lindo. Y los sabioteños de entonces, como sus vides se enseñoreaban desde La Cobatilla a La Celada, edifican al santo de la Jara una modesta ermita para en ella honrarle y pedir la protección para sus vides y para sus panes. Y a partir de entonces, las ferias de Pentecostés pasan a celebrarse por el mes de agosto -concretamente en torno al 25 de agosto, día en que los moros decían que su santo, el más grande que había en el cielo, pasó a mejor vida-. Y los moros, que siguieron comerciando con nosotros, llegaron a maravillarse de que también los cristianos venerasen a su santo, del que decían ser pariente del profeta Mahoma.

Y como desde siempre los sabioteños hemos estado en torno a San Ginés y él con nosotros, aquellas Ferias y mercado anual solían celebrarlo en el camino del santo y real de Úbeda, partiendo de la Puerta de la Villa hasta la esquina del huerto de las monjas carmelitas. Por el mal estado del entonces llamado "Paseo Viejo", acuerdan nuestros regidores celebrar las ferias en el Arrabal Alto, instalando las casetas de los feriantes desde la puerta de doña Carmen Moreno de Villena (junto al Convento) hacia Poniente.

Pero nuestras Ferias de Agosto sufrieron un cambio brusco, pues del 23 al 26 de dicho mes pasan a celebrarse, caso insólito, en los días 2, 3 y 4 de septiembre. La razón del cambio la hallamos en el acta del cabildo municipal celebrado el 4 de agosto de 1884. Nuestros regidores nos dicen:

«Que los ganaderos e industriales habían pedido que se cambiara la Feria del 23 al 26 de agosto por coincidir con las de Linares. Que se cambien al 2, 3 y 4 de septiembre y que se comunique al Señor Cura-Párroco para que con su autorización se cambien las fiestas del Patrón San Ginés y del Copatrón San Gregorio. Que como es de costumbre inmemorial celebrar dos o tres corridas de novillos, se pida licencia a la superioridad».

Pero como todo es movible en la vida y los sabioteños no podían soportar que nuestro glorioso San Ginés no pasease procesionalmente por nuestras calles, bendiciendo nuestros campos en cada uno de los boquetes que miran a la campiña, aquel cambio solo nos duró cinco años.

Los señores de nuestro Ayuntamiento, atendiendo a las quejas de sus gobernados, se "ayuntan" y, en "el cabildo" celebrado el día 30 de junio de 1889, redactan:

«El Ayuntamiento, considerando que trae perjuicio al vecindario en sus intereses la continuación de la Feria en los días en que de nuevo ha venido celebrándose, acuerda por unanimidad, en virtud de las atribuciones que le concede el artículo 72 de la Ley Municipal vigente, trasladar esta por este año y sucesivos a los días del 24 al 26 de Agosto, según era costumbre su celebración, cuyo acuerdo para conocimiento del público se hará saber por nuestra voz pública en los sitios de costumbre».

Que de nuevo pasan a celebrarse nuestras Ferias en agosto consta porque en aquel año se celebraron tres corridas de novillos en la plaza de madera que al efecto se labraba frente a las casas del cabildo. Y así continuaba sucediendo en el año 1907, pues en acta capitular de 27 de julio se autoriza levantar la Plaza de Toros de madera en la Plaza de la Constitución, hoy Alonso de Vandelvira, en la que se dieron tres corridas de vacas bravas, con muerte de dos novillos en cada tarde: los días 21, 22 y 23 de agosto.

Y así se continuó hasta que Antonio Almazán García, o lo que es igual, "Tío Basilio", decide levantar nuestro coso taurino. Este obtiene autorización de nuestro Ayuntamiento, en "el cabildo" del 17 de junio de 1905, para sacar piedra en el paraje llamado "Mirabuenos", sito en las entonces Eras Altas.

Por la entrevista que mantuvimos con "Tío Basilio", hace ya más de medio siglo, sabemos que éste, cuando la plaza estaba a medio levantar, falto de recursos, enajenó lo construido en favor de don Bartolomé Martínez Ruiz, tío bisabuelo nuestro, corriendo de cargo de "Tío Basilio" la construcción de las obras; pero, ya a sueldo, nueve años duraron las obras, siendo finalizadas por fin en marzo de 1914.

Fue el 12 de abril de aquel año, domingo de Pascua de Resurrección, cuando fue inaugurada nuestra Plaza de Toros, actuando los diestros Antonio Salmos "El Moni" y "El Quiqui", que en los carteles aparecían como "Los niños almerienses". Cada uno de ellos despachó un novillo "de medio pie" que dieron gran juego, de la ganadería del vecino de Arquillos, don Antonio Herraiz. Nos contaba "Tío Basilio" que la novillada fue pasada por agua, presidiendo el espectáculo el primer teniente de alcalde, que a la sazón era don Roque Higuera Vernalte, bajo un paraguas. Por aquel esforzado saboteño sabemos que la entrada única costó ocho reales, los novillos cien duros y el coste de nuestro ya casi centenario coso taurino se elevó nada menos que a 120 000 reales o lo que es igual a 30 000 pesetas, equivalentes a 180 euros de los de hoy.

Apenas nuestros padres y abuelos vieron terminada nuestra plaza de toros, añorando los encierros de hondo sabor tradicional y emocional, se olvidan de su nuevo coso y, por unos años más, vuelven a celebrar sus corridas en la plaza de madera, viendo salir de nuevo por el callejón del Toril los novillos que, en veloz carrera, conducían desde "El Mortero" hasta la plaza de madera, donde los corrían, contemplando su estampa bravía. Los más atrevidos salían muy de madrugada al encuentro del ganado que arrojaban los cabestros; y algún mozo bromista y malicioso, para asustar a los que esperaban a las reses bravas, hacían sonar unos cencerros, poniéndoles en precipitada fuga, dándose con los talones en el culo para protegerse en las rejas del Arrabal Bajo, que servían de barrera. Todavía nos queda un afortunado saboteño, casi centenario, que aún tiene en mente cómo los nuestros retornaron a la antigua costumbre de nuestros perdidos encierros callejeros. Fue, diríamos, nuestro pequeño San Fermín.

Renunciamos a detallar minuciosamente los nombres de los diestros famosos y menos famosos que han pasado por nuestra plaza; pero no dejaremos de hablar de Manolete que, en 1934, se vistió en nuestra plaza por primera vez con traje de luces. Como silenciar los nombres de Pepe y Juanito Bienvenida, Morenito de Talavera, "El Estudiante", Eduardo Sánchez Miranda, Rafael Ortega "Gallito", Rafael "El Gallo",

“Gitanillo de Triana” y Curro Puya, entre otros, -que por cierto se despidió de novillero en nuestra plaza-.

No podemos pasar por alto los lugares de emplazamiento de nuestras Ferias de Agosto. Recordamos las celebradas en 1934, que se instalaron en la Plaza de Abajo, con las “cunicas” delante de la puerta de “Marco el barbero” (Mesón Viejo), y otras atracciones en torno a la plaza. Recordamos una caseta de lona que se alzaba delante de la puerta norte de nuestra parroquia en pleno terrizo, y recordamos cómo, a la vera de sus casetas, los feriantes cocinaban pisto y pollo con tomate. No podemos olvidar el estridente altavoz de la noria, que repetía machaconamente una y otra vez la famosa sevillana, entonces tan de moda que comenzaba así: «Viva Sevilla y olé, viva Triana...».

Recordamos también ver instaladas las buñolerías en la Puerta de la Villa, junto a los bardales del huerto de la iglesia de la Reina -actual Ayuntamiento-; y, en pleno espacio, plantó sus reales un teatrillo en el que actuaba una mujer que, sin brazos, realizaba los más difíciles y sorprendentes ejercicios domésticos, valiéndose de su boca y de sus piernas. En la era de pan trillar -de don Andrés María Higuera, hoy Mercado de Abastos-, se solían instalar el circo, las cunas voladoras y el “Chinchimpón”, que era un artilugio manual que, al son del latón, se eternizaba dando vueltas por poco dinero, pues si te prestabas a empujar al pequeño carrusel podías disfrutarlo sin soltar una perra gorda. Después, conocimos los puestos de los feriantes en la calle Canónigo Utrera, corriendo los mismos desde la puerta de la Posada del Gallo hasta la tienda del “Ciego de la Mora”, que era más listo que el hambre, pues por el tacto conocía el valor de las monedas y si eran falsas o de curso legal. Si algún listillo osaba meterle gato por liebre, con la rapidez del rayo se la tiraba a la cabeza.

En aquellos puestos exponían quincalla primorosamente labrada, los juguetes de lata para los niños -como eran coches y camiones de bomberos-, y Tartanas o caballos de cartón -que iban de la mulilla con sus aguaderas y sus cantaricos, hasta caballos con ruedas donde uno se montaba y el otro empujaba-. Los puestos de las niñas estaban repletos de juguetes de lo más variado, pues iban desde las muñecas de cartón de todos los tamaños hasta los engordados “pepones”, que hacían las delicias de las niñas más exigentes. De estas las había que, llevándolo todo raso, arreaban con el “pepón”, con la sartencica, con las trébedes, las cucharicas, los lebrillicos, cazuelas y platos, las orcicas o los jarricos de cerámica -no olvidando las cantareras labradas con primor de cuatro o seis cantaritos-, las sillicas, mecedoras, cunicas y todo el ajuar que pasaba por las ollas, las tenazas y las sartencitas, hasta el badil de lata o el cimbel de esparto. Yo recuerdo haberme enamorado de un coche de bomberos de lata, expuesto en la misma puerta de la Posada del Gallo. Como valía seis reales, me quedé sin él; pero sí me feriaron un “parará” que valía dos. Entonces deducimos que la cosa no estaba como para tirar cohetes.

Y así era en efecto. Aquel año, los agricultores no habían vendido sus granos por falta de compradores y estaban sin blanca. Entonces, el alcalde a la sazón convino con la empresa taurina que los espectadores fuesen a los toros a cambio de trigo. Llegaron a un acuerdo y por le entrada de sombra se pagarían tres celemines de trigo; y dos celemines por la de sol.

La cosa se desarrolló así. Por la puerta de la sombra, de cara a las higueras de don Joaquín Gris, hoy Parque de Velázquez, había tres sujetos y una manta en el suelo con un celemín sobre ella para medir el trigo. Uno de ellos lo medía, otro abría la boca del saco para echarlo y un tercero daba la entrada al labrador. Otro tanto ocurría en la puerta del sol. La media, entrada para la gente menuda, costaba la mitad.

Eso de llevar el trigo en costales, talegas o sacos no les vino mal a los aficionados a los toros, pues estos envases, como entonces no existían las almohadillas, cada cual lo ponía debajo del culo y santas pascuas. Eso sí, aquello tenía una ventaja, y era que, terminado el espectáculo, nadie tiró al ruedo las improvisadas almohadillas.

Alguno de vosotros a lo mejor sentirá curiosidad por saber cómo estuvieron los toros. Yo, como fue la primera vez que mi padre me llevó, pasé un mal rato. Sufría mucho cuando, al pegar las banderillas, el torero se daba con los talones en el culo para meterse en la barrera. Sí nos llamaba la atención que, unas veces -a una sola voz- le llamaban "marrano" y otras le hacían palmas: no lo entendíamos. Otro tanto nos ocurría con las faenas de los matadores, pues unas veces le decían: «¡La madre que te parió!»; otras: «¡Olé, qué tío!»; y cosas así. La verdad es que los espectadores no se ponían de acuerdo y nos extrañaba escuchar unas veces unos pitos ensordecedores y otras palmas a rabiar. Otra cosa que nos llamó la atención bastante es que la música tocaba a ratos y siempre cuando la gente a grandes gritos decía: «¡Música maestro!».

«¡Qué cosas!»», decía yo.

Recordamos el gentío que salía de los toros, zumacal abajo, con sus costales, talegas o sacos debajo del brazo y los nenes, escuchando distintas opiniones, cogidos de la mano de nuestros padres.

Cuando ya fuimos un poco mayores, nos dimos cuenta de las fatigas que pasaron aquellos hombres que llamaron de la "quinta del saco", que no era otra que el reemplazo del año 1915; y cuántas carencias también pasamos los niños de la guerra. Ellos y nosotros hicimos posible que nuestros hijos y nuestros nietos aten hoy los perros con longaniza, vivan en la guerra de las magras, y puedan comprar la entrada de los toros en euros. ¿Verdad que todo esto es como un sueño?

Nuestra memoria llega hasta el circo instalado en las eras del Paseo Viejo, frente a la puerta de servicio del palacio de los Moreno de Villena; y nos dejamos la vista contemplando cómo de un equipo de perros adiestrados, unos se montaban en las "cunicas", en tanto otros les empujaban. Esto se nos quedó grabado y también cómo un caballero, en pie sobre un corcel, recorría al trote el redondel de la pista, en tanto que unos payasos, que hacían reír a la gente, se arreaban entre sí cada "guasca" en la cara que "se cagaba la perra". Fue todo lo que pudimos retener en mente en nuestros recién cumplidos cinco años.

Ya en nuestros años de "zangalitrón", vimos nuestras Ferias en la Plaza de la Santa Cruz con la pista del baile en el centro del paseo, las atracciones en la calle de la Libertad y los caballicos al final del paseo, de espaldas a la desaparecida Cruz, frente a la casa del último de nuestros peones camineros. En mente, un "mociquejo", que creo que se llamaba Amando, quien se "aporijó" a los empleados del carrusel y no nos dejaba acercarnos cuando lo montaban; razón por lo que le llamábamos "el alcagüete de los Caballicos".

Vimos también instalada la caseta del baile delante del Bar Nacional y las atracciones en su entorno, y más tarde en la calle Portones. En su afán de mejora, el recordado alcalde, don Manuel Jurado Poyuelo, construyó el ferial en La Gallinilla, junto a la Era del Banco, hoy Instituto Julia Salaria, de efímera utilización por la incomodidad del lugar, de cara a las personas mayores. Por todos conocidos, los últimos emplazamientos del Parque de Velázquez, calle de la Plaza de Toros, donde al final de la misma se instala el mogollón de las atracciones.

No hace falta recordar que los niños de entonces tomábamos el portante de nuestras casas y no acudíamos a ellas hasta la hora de comer, disfrutando de la llegada de los feriantes, viendo instalar sus casetas, sus puestos, o cómo desembalaban sus

mercancías. Ver desmontar el "tinglao" de la Feria nos causaba desconuelo y nos llenaba de tristeza.

De nuestros festejos "ferieros", sabemos que en 1928, un año antes de mi venida al mundo, "se procesionó" a San Gregorio, nuestro Copatrono, desde la ermita de San Ginés a la parroquia, quemándose una colección de fuegos artificiales en su honor, del famoso pirotécnico ubetense Villacañas. Hubo conciertos de la Banda Municipal, que dirigía don José Campos, padre del inolvidable Silverio; y cine público gratuito, que entonces seguía siendo mudo y que se ofrecía en la Plaza del Prior Casado.

Como era de rigor, no faltó el reparto de pan a los pobres, ni el concurso de feos. Nada sabemos de nuestras Ferias hasta el año 1939 que, en honor a la verdad, "la olla estaba bocabajo" y solo salieron los gigantes y cabezudos que nos prestó nuestra hermana Úbeda. Se celebró una carrera de burros, cuyo recorrido fue desde la Puerta de Villa hasta la Plaza de la Santa Cruz y, haciendo un gran sacrificio económico, la alcaldía dotó con 15 pesetas al primer premio y con cinco a los dos siguientes. Pero la carrera estuvo muy animada y con gran expectación, ya que los ganadores serían los burros que fuesen capaces de llegar los últimos a la meta.

Hubo concurso de feos en la terraza del Bar Nacional, premiando al más feo, a juicio del jurado, con tres duros. Sin blanca el Ayuntamiento, se celebró una carrera pedestre que recorrió las calles Calvo Sotelo, Ramón y Cajal, San José y Canónigo Utrera. Por las noches hubo funciones de cine en la Plaza de los Toros, proyectándose las películas *El Alcázar de Toledo*, *El Santuario no se rinde*, *Morena Clara*, *Haza*, *Jarka*, *Currito de la Cruz*, *Carmela la de Triana*, *Maria de la O*, *En un burro tres baturros*, etc., etc... Pero como las cintas estaban muy pasadas por su constante uso, se cortaban con frecuencia y la gente que abarrotaba las gradas y el ruedo gritaba: «¡Cuadro, maestro!».

Se celebraron también cucañas en la Plaza del Prior Casado, que no nos las perdimos, siendo uno de los numeritos un palo hincado, de unos tres metros, untado de jabón, y el atrevido que lograra escalarlo hallaría al final cinco pesetas. Otra prueba era una sartén llena de tizne, con un duro pegado en el culo, y el concursante, manos hacia atrás, tenía que despegarlo con los dientes. Como la sartén no cesaba de dar vueltas, el inocente chiquillo acababa hecho un eccehomo. Se celebró también un concurso de yuntas de labor, una concurrida Feria de Ganado y, cómo no, una novillada a cargo de los novilleros punta del momento: Mariano Rodríguez y Eduardo Miranda. Los chiquillos pudimos disfrutar de las monadas de los payasos del espectáculo *Los marinos* y, como para los gastos del día nuestras madres nos daban tres perras gordas, no nos llegaba la sal al agua.

Las verbenas se celebraron en el Paseo de José Antonio, donde se rifaron valiosos objetos a beneficio de Auxilio Social. No faltó la carrera de sacos, ni una sonada becerrada a beneficio de la División Azul. El caso es que, con pocas perras, las gentes de Sabiote nos tronchamos de risa, hartándonos de pisto y conejo frito con tomate.

Un detalle que recordar es la procesión de San Ginés de 1959, que fue de lo más vistoso. Como carecíamos de la imagen del Santo Patrono, "se procesionó" una muy pequeña, de unas tres cuartas de altura -que prestó don José López Navarrete, al que conocíamos por "José, el del Prior"-, que en unas andas a medida del Santo, portaban los Flechas y Pelayos que abrían la procesión, al son de un viejo tambor, que sonaba a "cascarrao", con sus fusiles de tabla al hombro. Los músicos de nuestra banda iban vestidos con pantalones de pana y blusas de percal, pero tocando afinados como ellos acostumbraban. Os puedo asegurar que cualquier pintor, por malo que fuese, hubiera podido cubrirse de gloria, dejando para el futuro aquella estampa irrepitible.

En años posteriores se fueron repitiendo los mismos concursos, mejorándose con la carrera ciclista que casi siempre tenía por recorrido Sabiote - Cortijo de La Dehesa y regreso, con premios de 125 pesetas, 50 y 25. Eso sí: seguían pasando por nuestra Plaza de Toros los mejores novilleros de cada temporada. Los años nos regalaron un insospechado bienestar y nuestras Ferias alcanzaron gran esplendor, hasta verse honradas con un pregonero ilustre, nativo nuestro por cierto, el pasado año. El presente año le toca a este pobre agricultor, que os puede asegurar que ha dado todo cuanto tenía en mente, sin quedarse con nada.

Ignoramos las inclinaciones de los niños de ahora: ¡todo ha cambiado tanto! A los que hace más de 70 años dejamos de ser niños, solo nos embarga una feliz añoranza de las noches de cine en el corralón del "Chuso"; del teatrillo o del circo; de los gigantes y cabezudos, de los que ahora, a nuestros 78 años, nos gustaría seguir en su recorrido si no nos tuviesen por locos de atar.

Ahora, cuando ya solo nos falta el pasaporte para dirigirnos al más allá sin retorno, sentimos una honda emoción y una gran alegría al toparnos con los sabioteños que vienen a compartir con nosotros la alegría de nuestras Ferias sin par. A los que venís de fuera a holgaros entre nosotros y a los que tenéis la fortuna de respirar nuestro aire y de contemplar nuestro cielo azul y nuestra verde campiña, yo os quisiera "feriar" con algo que colmara vuestras ilusiones; y, pensándolo muy en serio, creo que lo mejor que yo os puedo ofrecer, además de desearos unas fiestas en paz y en armonía, es entregaros personalmente un trocito de este corazón que tan dentro os lleva. Muchas gracias por soportar este pobre, pero sentido pregón.

Sabiote, 21 de agosto de 2007.